

su primer choque con la Ciencia. Pero esta lucha no tiene fin.

—Lo tiene, contestó Manuel. Cuando ya no le quede á usted nada, el señor Claes no encontrará quien le preste, y se detendrá.

—Pues que se detenga desde hoy, dijo Margarita; carecemos ya de recursos.

Solis fué á pagar las letras de cambio, y volvió á entregárselas á Margarita. Baltasar bajó algunos momentos antes de comer, contra su costumbre. Por la primera vez después de dos años, su hija vió en su fisonomía las señales de una tristeza horrible: había vuelto á ser padre, y la razón vencido á la Ciencia; miró al patio, al jardín, y cuando se convenció de que estaba solo con su hija, se acercó á ella con aspecto de melancolía y de bondad.

—Hija mía, le dijo tomándole una mano y estrechándosela con ternura, perdona á tu viejo padre. Sí, Margarita, he obrado mal. Tú sola tienes razón. Mientras no haya encontrado, soy un miserable. Me iré de aquí; no puedo ver vender á van Claes, añadió señalando el retrato del mártir. Murió por la Libertad, yo moriré por la Ciencia; pero él venerado, y yo aborrecido.

—¿Aborrecido? No, contestó Margarita abrazándose á él. Todos le adoramos á usted, ¿no es verdad, Felicia? preguntó á su hermana que entraba en aquel momento.

—¿Qué tiene usted, papá? le dijo la niña tomándole la mano.

—¡Os he arruinado!

—¡Bahl contestó Felicia. Nuestros hermanos nos harán una fortuna. Juan es siempre el primero en su clase.

—Mire usted, padre, dijo Margarita llevando á Baltasar, con un movimiento lleno de gracia y de mimo filial, ante la chimenea, donde cogió varios papeles que estaban debajo del reloj, aquí tiene usted sus letras; pero no vuelva usted á firmar otras, porque no tendría con qué pagarlas...

—Pero ¿tienes dinero? dijo Baltasar al oído de Margarita cuando volvió de su sorpresa.

Esta pregunta dejó sofocada á la heroica joven: tanto delirio, alegría, esperanza había en el semblante de su padre que miraba alrededor como para buscar oro.

—Padre, contestó la joven con acento de dolor, tengo mi legítima.

—Dámela, dijo Claes con gesto de avidez, dámela y te la devolveré centuplicada.

—Sí, se la daré á usted, respondió Margarita mirando á Baltasar, el cual no comprendió el sentido que su hija daba á esta frase.

—¡Ah, querida hija, me salvas la vida! He discurrido un postrer experimento, después del cual no hay ya nada posible. Si esta vez no lo encuentro, habrá que renunciar á buscar lo Absoluto. Dame el brazo, ven, hija querida; quisiera hacerte la mujer más feliz de la tierra; me devuelves la dicha, la gloria; me deparas la posibilidad de colmaros de tesoros; os envolveré en alhajas, en riquezas.

Besó á su hija en la frente, le cogió las manos, se las apretó, demostró su contento con halagos que parecieron casi serviles á Margarita; durante la comida Baltasar no veía á nadie más que á ella; la miraba con la solicitud, con la atención, con la vivacidad con que un amante mira á su amada: si ella hacía un movimiento, procuraba adivinar su pensamiento, su deseo y se levantaba para servirla; en fin, la avergonzaba, y ponía en sus cuidados una especie de juventud que contrastaba con su vejez prematura. Pero á estos mimos, Margarita oponía el cuadro de la penuria actual, ya con una palabra de duda, ó ya fijando la vista en los anaqueles vacíos de los aparadores de aquel comedor.

—No te apures, le dijo su padre; de aquí á seis meses llenaremos eso de oro y de maravillas. Estarás como una reina. La naturaleza entera nos pertenecerá; seremos superiores á todo, y gracias á ti, Margarita. ¡Margarita! repuso sonriendo. Tu nombre es una profecía. Margarita quiere decir perla. Sterne lo ha dicho así en alguna parte. ¿Has leído á Sterne? ¿Quieres leerlo? Eso te entretendrá.

—Dícese que la perla es fruto de una enfermedad, contestó la joven, y nosotros hemos sufrido ya mucho.

—No te pongas triste; labrarás la ventura de aquellos á quienes amas; serás poderosa y muy rica.

—La señorita tiene tan buen corazón... dijo Lemulquinier cuya cara, parecida á una espumadera, hizo una mueca que quería ser una sonrisa.

Durante el resto de la velada, Baltasar ostentó para sus dos hijas toda la gracia de su humor y todo el encanto de su conversación, Seductor como la serpiente, su palabra,



sus miradas despedían fluido magnético; prodigó ese poder genial, ese suave talento que fascinaba á Josefina, y, por decirlo así, se metió á sus dos hijas en el corazón. Cuando Manuel de Solís llegó encontró reunidos por la primera vez, al cabo de tanto tiempo, al padre y á las dos hijas. A pesar de su reserva, el joven profesor quedó sometido al prestigio de aquella escena, porque la conversación y el modo de presentarse de Baltasar tenían un atractivo irresistible. Por más que los hombres de ciencia estén sumidos en los abismos del pensamiento y ocupados incesantemente en observar el mundo moral, discernen, sin embargo, los menores detalles en la esfera en que viven. Más intempestivos que distraídos, jamás están en armonía con lo que les rodea: lo saben y lo olvidan todo; prejuzgan el porvenir, profetizan para sí solos, están al corriente de un acontecimiento antes que sobrevenga, pero sin que hayan dicho una palabra de él. Si en el silencio de las meditaciones han hecho uso de su poderosa facultad para reconocer lo que sucede á su alrededor, les basta con haber adivinado; el trabajo se enseñoorea de ellos, y casi siempre aplican en falso los conocimientos que han adquirido sobre las cosas de la vida. A veces, cuando despiertan de su apatía social, ó cuando caen del mundo moral en el mundo exterior, vuelven á él con una memoria rica y ya no son extraños á nada. Así Baltasar, que unía la perspicacia del corazón á la del cerebro, sabía todo el pasado de su hija, conocía ó había adivinado los menores sucesos del amor misterioso que la unía á Manuel, se lo demostró sagazmente y sancionó su cariño compartiéndolo. Era el más dulce alhago que pudiera hacer un padre, y los dos amantes no pudieron resistir á él. Aquella velada fué deliciosa por el contraste que formaba con los sinsabores que abrumaban la vida de las pobres jóvenes. Cuando, después de haberlas inundado de su luz y bañado de su ternura, Baltasar se retiró, Manuel de Solís, que hasta entonces había parecido encogido, sacó tres mil ducados de oro que llevaba en los bolsillos temiendo que se los vieran. Los puso en el costurero de Margarita, que los tapó con la pieza de tela que repasaba, y fué á buscar el dinero restante. Cuando volvió, Felicia se había ido á acostar. Daban las once. Marta, que no se había retirado por desnudar á su señorita, estaba ocupada en el cuarto de Felicia.

—¿Dónde esconderemos esto? dijo Margarita que no había

podido resistir al placer de remover algunos ducados, niñada que la perdió.

—Levantaré esa columna de mármol cuyo zócalo está hueco, contestó Manuel, meterá usted en él los rollos, y el diablo que los encuentre.

En el momento en que Margarita hacía su penúltimo viaje desde el costurero á la columna, lanzó un grito agudo, y soltó los rollos, cuyas monedas rompieron el papel y se desparramaron por el suelo; su padre estaba á la puerta del locutorio y alargaba la cabeza cuya expresión de avidez la asustó.

—¿Qué hacéis ahí? preguntó Claes mirando alternativamente á su hija, á la que el miedo tenía como clavada en el suelo, y al joven que se había enderezado bruscamente, pero cuya actitud junto á la columna era bastante significativa. El ruido del oro en el pavimento fué horrible y su diseminación parecía profética. —No me he equivocado, añadió Baltasar sentándose; me había parecido oír ruido de dinero.

Estaba tan conmovido como los jóvenes cuyo corazón palpita tan al unísono, que se oían sus movimientos como el tic tac de la péndula de un reloj en medio del profundo silencio que reinó de pronto en el locutorio.

—Doy á usted las gracias, señor de Solís, dijo Margarita dirigiéndole una mirada que significaba: Secúndeme usted para salvar este dinero.

—¡Cómo! Ese oro... dijo Baltasar lanzando miradas de espantosa lucidez á su hija y á Manuel.

—Este oro es del señor, que ha tenido la bondad de prestármelo para pagar las deudas contraídas por usted, contestó la joven.

Solís se sonrojó y quiso marcharse.

—Caballero, le dijo Baltasar deteniéndole, no se marche usted sin que le haga presente mi agradecimiento.

—Es que no me debe usted nada. Este dinero pertenece á la señorita á quien se lo he prestado sobre sus bienes, contestó Manuel mirando á Margarita, la cual le dió las gracias con un guiño imperceptible.

—No puedo consentirlo, dijo Baltasar que tomó una pluma y una hoja de papel de la mesa en que escribía Felicia, y volviéndose á los dos jóvenes admirados, añadió: —¿A cuánto asciende?

La pasión había hecho á Claes más taimado de lo que



pudiera serlo el más listo de los administradores infieles: la cantidad iba á ser suya. Margarita y Solis vacilaban:—Contemos, dijo.

—Hay seis mil ducados, contestó Manuel.

—Setenta mil francos, repuso Claes.

La ojeada que Margarita echó á su amante le dió valor.

—Caballero, dijo temblando, la firma de usted carece de valor; perdóneme esta expresión puramente técnica; esta mañana he prestado á su hija de usted cien mil francos para retirar las letras que no se hallaba usted en estado de pagar, pues no podría darme usted ninguna garantía. Esos ciento setenta mil francos son de esta señorita que puede disponer de ellos como mejor le parezca; pero yo no se los he prestado sino en virtud de la promesa que me ha hecho de firmar una escritura mediante la cual yo podré disponer de la parte que le corresponde en las tierras de Waignies.

Margarita volvió la cabeza para que no se vieran las lágrimas que acudían á sus ojos: conocía la pureza de corazón que distinguía á Manuel. Criado por su tío en la práctica más severa de las virtudes religiosas, el joven tenía especial horror á la mentira; después de haber ofrecido su vida y su corazón á Margarita, le sacrificaba también su conciencia.

—Adiós, joven, le dijo Baltasar; creí que tendría usted más confianza en un hombre que le miraba con ojos de padre.

Después de cambiar con Margarita una mirada deplorable, Manuel salió acompañado de Márta, que cerró la puerta de la calle. Cuando padre é hija se quedaron solos, aquél dijo á ésta: —¿Me quieres, no es verdad?

—No venga usted con circunloquios, padre. Usted quiere este dinero, pero no lo tendrá.

Se puso á reunir los ducados; su padre la ayudó silenciosamente á recogerlos y á contar la cantidad que ella había diseminado, y Margarita le dejó hacer sin demostrar desconfianza. Cuando tuvo puestos los dos mil ducados en montoncitos, Baltasar dijo con acento desesperado: —Margarita, necesito este dinero.

—Si le tomara usted cometería un robo, respondió la joven con frialdad. Escúcheme usted, padre mío; es preferible que nos mate usted de un golpe á que nos haga sufrir mil muertes cada día. Considere quién debe sucumbir, si usted ó nosotros,

—Entonces habrás asesinado á tu padre.

—Habremos vengado á nuestra madre, replicó la joven designando el sitio en que la señora Claes había fallecido.

—Hija mía, si supieras de lo que se trata, no me dirías eso. Óyeme, voy á explicarte el problema... ¡Pero no me comprenderás! exclamó con desesperación. Sí, ya sé que disgusté á tu madre; que disipé, valiéndome de la palabra de los ignorantes, mi fortuna, y que he dilapidado la vuestra; que todos trabajáis por causa de lo que llamas una locura; pero, ángel mío, mi amor, mi Margarita, escúchame: Si no salgo airoso, á ti me entrego, te obedeceré como tú deberías obedecerme; haré lo que quieras, te confiaré el manejo de mi fortuna, no seré ya tutor de mis hijos y depondré toda autoridad. ¡Lo juro por la memoria de tu madre! añadió derramando lágrimas. Margarita volvió la cabeza por no ver aquel rostro bañado de llanto, y Claes se arrodilló ante su hija creyendo que iba á ceder.—¡Margarita! ¡Margarita! ¡Dame, dame! ¿Qué son sesenta mil francos con tal de evitar remordimientos eternos? Me moriré, sí, esto me matará. Óyeme: mi palabra será sagrada. Si no consigo nada, renunciaré á mis trabajos, me marcharé de Flandes, de Francia si lo exiges, é iré á trabajar como un jornalero para rehacer sueldo á sueldo mi fortuna y devolver algún día á mis hijos lo que la Ciencia les haya quitado.— Margarita quiso alzar del suelo á su padre, pero él persistía en continuar de rodillas, y añadió llorando: —Sé por última vez bondadosa y sensible. Si se malogran mis trabajos, yo mismo te daré la razón en tus durezas. Me llamarás viejo loco, me calificarás de mal padre, en fin, me dirás que soy un ignorante, y yo, cuando oiga estas palabras, te besaré las manos. ¡Podrás pegarme si quieres, y cuando me pegues, te bendeciré como la mejor de las hijas acordándome de que me has dado tu sangre!

—Si sólo fuera cosa de mi sangre, se la daría á usted toda, contestó Margarita; pero ¿puedo permitir que por la Ciencia se degüelle á mis hermanos? De ningún modo. ¡Basta, basta! añadió enjugándose las lágrimas y rechazando las manos acariciadoras de su padre.

—Sesenta mil francos y dos meses, dijo Claes levantándose con rabia, no necesito más que eso; pero mi hija se atraviesa entre la gloria, la riqueza y yo. ¡Maldita seas! No eres hija, ni mujer, ni tienes corazón; ni serás madre ni es-



posa. ¡Dame ese dinero! Dámelo, hija querida, y te adoraré, añadió alargando la mano al oro con movimiento de atroz energía.

—Caezco de defensa contra la fuerza, pero Dios y el gran Claes nos ven, dijo Margarita mostrando el retrato.

—Pues bien, procura vivir salpicada de la sangre de tu padre, exclamó Baltasar echándola una mirada de horror. Se levantó, contempló el locutorio y salió despacio. Al llegar á la puerta, se volvió como lo hubiera hecho un mendigo é interrogó á su hija con un ademán al que ella contestó haciendo un movimiento negativo con la cabeza. —Adiós, hija mía, le dijo con dulzura: ¡procura vivir feliz!

Cuando se hubo marchado, Margarita se quedó sumida en un estupor que tuvo por efecto aislarla de la tierra; ya no estaba en el locutorio, no sentía su cuerpo, tenía alas y volaba por los espacios del mundo moral en el que todo es inmenso, en el que el pensamiento aproxima las distancias y los tiempos, en el que alguna mano divina descorre el velo que oculta el porvenir. Parecióle que transcurrían días enteros entre cada uno de los pasos que daba su padre al subir la escalera; luego tuvo un estremecimiento de horror en el momento en que le oyó entrar en su cuarto. Impelida por un presentimiento que difundió en su alma el punzante fulgor de un relámpago, subió las escaleras á oscuras, sin hacer ruido, con la velocidad de una flecha, y vió á su padre que se apuntaba una pistola á la frente.

—¡Tómelo usted todo! le gritó lanzándose hacia él.

Y cayó en un sillón. Baltasar, al verla sin color, se echó á llorar como lloran los viejos; tornóse niño, la besó en la frente, le dijo palabras incoherentes, estaba á punto de saltar y brincar de alegría y parecía querer jugar con ella como un amante juega con su amada después de haber obtenido sus favores.

—¡Basta, basta, padre! Piense usted en su promesa. Si no consigue usted su objeto, me obedecerá.

—Sí.

—¡Oh madre mía! exclamó la joven volviéndose hacia el cuarto de la señora Claes: usted también lo habría dado todo, ¿verdad?

—Duerme tranquila, le dijo Baltasar: eres una buena hija.

—¡Dormir! Ya no paso las noches de mi juventud; usted

me envejece, del mismo modo que marchitó lentamente el corazón de mi madre.

—Pobre niña, quisiera tranquilizarte explicándote los efectos del magnífico experimento que he discurrido, entonces comprenderías...

—No comprendo más que nuestra ruina, contestó Margarita marchándose.

A la mañana siguiente Manuel llevó á Juan, por ser día de asueto.

—¿Qué hay de nuevo? preguntó con tristeza acercándose á Margarita.

—Que he cedido.

—Vida mía, repuso Manuel con un movimiento de tristeza melancólica, si hubiese usted resistido, la habria admirado; pero débil, la adoro.

—Pobre, pobre Manuel, ¿qué nos quedará?

—Déjeme usted hacer, contestó el joven con aspecto radiante; puesto que nos amamos, todo irá bien.

Transcurrieron algunos meses en perfecta calma. Solís hizo comprender á Margarita que sus mezquinas economías jamás constituirían una fortuna, y le aconsejó que viviera con desahogo, tomando, para mantener la abundancia en la casa, el dinero que quedaba de la cantidad de que él había sido depositario. Entretanto, Margarita pasó por todas las ansiedades que habían agitado la vida de su madre en circunstancias análogas. Por incrédula que pudiera ser, había llegado á tener esperanza en el genio de su padre. Por un fenómeno inexplicable, muchas personas llegan á tener esperanza sin tener fe. La esperanza es la flor del Deseo; la fe, el fruto de la Certidumbre. Margarita decía para sí: «Si mi padre logra buen éxito, seremos dichosos». Claes y Lemulquinier decían á su vez: «Conseguiremos nuestro objeto». Por desgracia, el rostro de aquel hombre se fué entristeciendo de día en día. Cuando bajaba á comer, unas veces no se atrevía á mirar á su hija, y otras veces le dirigía miradas de triunfo. Margarita empleó sus veladas en hacer que el joven Solís le explicara muchas dificultades legales, y abrumó á su padre á fuerza de preguntas sobre sus relaciones de familia. Terminó, por fin, su educación viril, pues probablemente se preparaba á ejecutar el plan que meditaba si su padre sucumbía una vez más en su duelo con la *Incógnita* (X).



A principios de julio, Baltasar pasó todo un día sentado en el banco de su jardín, sumido en triste meditación. Miró muchas veces al altozano desprovisto de tulipanes, las ventanas del cuarto de su mujer; se estremecía sin duda al pensar en todo lo que le había costado su lucha, y sus movimientos demostraban que le asaltaban ideas que nada tenían que ver con la Ciencia. Margarita fué á sentarse y á hacer labor junto á él un rato antes de comer.

—¿Conque, padre mio, no ha logrado usted nada?

—Nada, hija mía.

—No le haré á usted ninguna reconvencción, dijo Margarita con dulzura; tan culpable es el uno como el otro. Solamente reclamo que me cumpla usted su palabra, la cual debe ser sagrada, puesto que es usted un Claes. Sus hijos de usted le rodearán de cariño y de respeto; pero desde hoy me pertenece usted y me debe obediencia. No pase usted cuidado; mi reinado será dulce, y aun trabajaré porque acabe cuanto antes. Me llevo á Marta, pues pienso ausentarme por un mes solamente para ocuparme de usted, porque, añadió dándole un beso en la frente, es usted mi hijo. Desde mañana, Felicia quedará al frente de la casa. La pobre niña no tiene más que diez y siete años, y no se atreverá á oponerle á usted ninguna resistencia; sea usted, pues, generoso, no le pida un céntimo, porque no dispondrá más que de lo estrictamente necesario para los gastos de la casa. Anímese usted y renuncie durante dos ó tres años á sus trabajos y á sus ideas. Entretanto el problema madurará, habré recogido el dinero necesario para resolverlo y lo resolverá usted. Dígame, ¿no es clemente esta reina?

—No se ha perdido todo, contestó el anciano.

—No, si cumple usted fielmente su palabra.

—Te obedeceré, hija mía, respondió Claes emocionado.

Al otro día, el señor Conyncks de Cambrai acudió á buscar á su sobrina. Iba en un coche de viaje, y no quiso parar en casa de su primo más que el tiempo necesario para que Margarita y Marta hicieran sus preparativos. Claes recibió á su primo con afabilidad; pero estaba visiblemente triste y humillado. El viejo Conyncks adivinó los pensamientos de Baltasar, y, mientras almorzaban, le dijo con ruda franqueza:—Primo, tengo algunos de tus cuadros; soy muy aficionado á las buenas pinturas: es una pasión ruinosa, pero todos tenemos nuestra locura...

—¡Querido tío! dijo Margarita.

—Dícese que estás arruinado, pero un Claes tiene siempre tesoros aquí, dijo dándose una palmada en la frente. Y aquí también, ¿no es verdad? añadió señalándose el corazón. Pues bien, he contado contigo. En mi bolsa he encontrado unos cuantos escudos que pongo á tu disposición.

—¡Ah! exclamó Baltasar, te devolveré tesoros...

—Los únicos tesoros que poseemos en Flandes son la paciencia y el trabajo, respondió severamente Conyncks. Nuestro antepasado tiene estas dos palabras grabadas en la frente, dijo designándole el retrato del presidente van Claes.

Margarita abrazó á su padre, se despidió de él, hizo sus recomendaciones á Josefa y á Felicia, y partió en posta para París. El tío, que era viudo, no tenía más que una hija de doce años, y poseía una inmensa fortuna, no siendo por tanto imposible que quisiera casarse; por eso los habitantes de Douai creyeron que la señorita Claes se casaría con su tío. El rumor de tan rico casamiento atrajo al notario Pierquin á casa de los Claes. En las ideas de aquel excelente calculador habían ocurrido grandes mudanzas. Hacía dos años que la sociedad de la población se había dividido en dos campos contrarios. La nobleza había formado un primer círculo, y la clase media el segundo, naturalmente muy hostil al primero. Esta separación repentina que ocurrió en toda Francia y la dividió en dos naciones enemigas, cuyos envidiosos enojos fueron creciendo, fué una de las principales razones que hicieron adoptar en las provincias la revolución de julio de 1830. Entre las dos sociedades, una de las cuales era ultramonárquica y la otra ultraliberal, estaban los funcionarios admitidos, según su importancia, en la una y en la otra, y que en el momento de la caída del poder legítimo, permanecieron neutrales. Al principio de la lucha entre la nobleza y la clase media, los cafés realistas ostentaron un lujo inaudito y compitieron tan brillantemente con los cafés liberales, que, según se dice, aquella especie de fiestas gastronómicas costaron la vida á muchos personajes, que, semejantes á morteros mal fundidos, no pudieron resistir á tales ejercicios. Naturalmente, las dos sociedades se hicieron exclusivistas y se depuraron. Aunque Pierquin era muy rico para provinciano, fué excluido de los círculos aristocráticos y rechazado de los de la clase media. Su amor propio sufrió mucho con los desaires



sucesivos que recibió al verse insensiblemente despedido por las personas con quienes más se trataba antes. Frisaba en los cuarenta años de edad, única época de la vida en que los hombres que se proponen casarse pueden aún hacerlo con mujeres jóvenes. Los partidos á que le era dado aspirar pertenecían á la clase media, pero su ambición estribaba en ser de la sociedad elevada, en la que podía introducirle un buen enlace. El aislamiento en que vivía la familia Claes la había hecho extraña á este movimiento social. Aunque Claes pertenecía á la rancia aristocracia de provincia, era verosímil que sus preocupaciones le impedirían obedecer á las antipatías creadas por la nueva clasificación de personas. Por pobre que pudiera ser una señorita Claes, llevaba á su marido esa dote de vanidad que anhelan todos los advenedizos. Pierquin volvió, pues, á visitar la casa de los Claes con la secreta intención de hacer los sacrificios necesarios para realizar un casamiento que en lo sucesivo colmaría todas sus ambiciones. Hizo compañía á Baltasar y á Felicia durante la ausencia de Margarita; pero, aunque tarde, reconoció que tenía un competidor temible en Manuel de Solís. La herencia del difunto sacerdote pasaba por ser considerable; y á los ojos de un hombre que reducía á cifras ingenuamente todas las cosas de la vida, el joven heredero parecía más poderoso por su dinero que por las seducciones de su corazón, cosa esta última que tenía sin cuidado á Pierquin. Aquella fortuna daba al nombre de Solís todo su valor. El oro y la nobleza eran como dos grandes candelabros, que iluminado el uno por el otro, acrecentaban su respectivo brillo. El cariño sincero que el joven profesor demostraba á Felicia, á la que trataba como hermana, excitó la emulación del notario. Quiso eclipsar á Manuel mezclando la fraseología de moda y las frases de una galantería superficial con los aires soñadores y las elegías cavilosas que tan bien sentaban á su fisonomía. Pretendiendo que estaba ya desencantado de todo, fijaba los ojos en Felicia de modo que pudiera hacerla creer que ella sola le reconciliaría con la vida. Felicia, á quien un hombre dirigía lisonjas por vez primera, escuchó aquel lenguaje siempre tan dulce, por más que fuera mentido; tomó el vacío por profundidad, y en la necesidad que sentía de dar firmeza á los sentimientos vagos de que rebosaba su corazón, dió oídos á su primo. Celosa, sin saberlo quizás, de las atenciones que Manuel

prodigaba á su hermana, quería sin duda como ella ser objeto de las miradas, de los pensamientos y de los cuidados de un hombre. Pierquin adivinó fácilmente la preferencia que Felicia le concedía sobre Manuel, y esta fué una razón más para persistir en sus esfuerzos, en términos de que se comprometió más de lo que quería. Manuel vigiló los comienzos de aquella pasión, quizás falsa en el notario, pero sincera en Felicia cuyo porvenir se jugaba. Entre prima y primo hubo algunas pláticas agradables, algunas palabras dichas en voz baja á espaldas de Manuel, en fin, esos pequeños embustes que dan á una mirada, á una palabra, una expresión cuya dulzura insidiosa puede causar inocentes errores. A favor del trato que Pierquin sostenía con Felicia, procuró averiguar el secreto del viaje emprendido por Margarita, á fin de saber si se trataba de matrimonio y si debía renunciar á sus esperanzas; mas, á pesar de su ruda sutileza, ni Baltasar ni Felicia pudieron darle ninguna luz, por la razón de que nada sabían de los proyectos de Margarita, que, al asumir el poder, parecía haber seguido sus máximas guardando silencio sobre sus proyectos. La tristeza y el abatimiento de Baltasar hacían que se pasaran difícilmente las veladas. Aunque Manuel había logrado del químico que jugase al *trictrac*, Baltasar estaba distraído, y casi siempre, aquel hombre, tan grande por su inteligencia, parecía estúpido. Burlado en sus esperanzas, humillado por haber consumido tres fortunas, jugador sin dinero, se doblegaba bajo el peso de sus ruinas, bajo la carga de sus esperanzas, no tanto destruídas cuanto fallidas. Aquel hombre de genio, amordazado por la necesidad, condenándose á sí mismo, ofrecía un espectáculo verdaderamente trágico que hubiera conmovido al hombre más insensible. El mismo Pierquin no podía contemplar sin cierto sentimiento de respeto á aquel león enjaulado, cuyos ojos, llenos de una potencia rechazada, se habían vuelto tranquilos á fuerza de tristeza, empañados á fuerza de luz, y cuyas miradas pedían una limosna que la boca no osaba demandar. A veces pasaba algo así como un relámpago sobre aquella faz enjuta que se reanimaba al concebir un nuevo experimento; luego, si, al contemplar el locutorio, los ojos de Baltasar se detenían en el sitio en que su mujer había expirado, algunas lágrimas rodaban como ardientes granos de arena por el desierto de sus pupilas á las que el pensamiento hacía inmensas, y



doblabla la cabeza sobre el pecho. Había levantado el mundo como un Titán, y el mundo volvía á caer más onusto sobre sus hombros. Aquel gigantesco dolor, tan virilmente contenido, influía en Pierquin y en Manuel que se sentían á veces bastante conmovidos para prestarse á ofrecer á aquel hombre la cantidad necesaria para alguna serie de experimentos; ¡tan comunicativas son las convicciones del genio! Ambos comprendían cómo la señora Claes y Margarita habían podido arrojar millones en aquel abismo; pero la razón reprimía en breve los impulsos del corazón, y sus emociones se traducían en consuelos que acibaraban más y más las penas de aquel Titán derribado. Claes no hablaba de su hija mayor, ni estaba intranquilo por su ausencia ni por el silencio que guardaba no escribiéndole á él ni á Felicia. Cuando Solís y Pierquin le preguntaban por ella, parecía desagradablemente afectado. ¿Presentía acaso que Margarita hacía algo contra él? ¿Se creía humillado por haber delegado en su hija los derechos majestuosos de la paternidad? ¿Había llegado á quererla menos porque ella iba á ser el padre, y él el hijo? Tal vez mediaban muchas de estas razones y muchos de esos sentimientos inefables que pasan como nubes por el alma en el mudo desafecto que hacía pesar sobre Margarita. Por grandes que puedan ser los grandes hombres conocidos y desconocidos, felices ó desgraciados en sus tentativas, tienen pequeñeces por las cuales siguen formando parte del vulgo. En virtud de una doble desdicha, tocan las malas consecuencias de sus cualidades y de sus defectos, y quizás Baltasar tenía que familiarizarse con los dolores de sus vanidades lastimadas. La vida que llevaba y las veladas durante las cuales aquellas cuatro personas estaban reunidas en ausencia de Margarita fueron una vida y unas veladas llenas de tristeza, de vagos recelos. Pasaron días infructuosos como páramos secos, en los cuales espigaban, sin embargo, algunas flores, raros consuelos. La atmósfera les parecía brumosa en ausencia de la hija mayor, que era el alma, la esperanza y la fuerza de la familia. Así transcurrieron dos meses durante los cuales Baltasar aguardó pacientemente á su hija. Margarita regresó á Douai, acompañada de su tío, que se quedó en la casa en vez de volver á Cambrai, sin duda para apoyar con su autoridad algún golpe de Estado meditado por su sobrina. El regreso de Margarita fué una pequeña fiesta de familia.

Felicia y Baltasar convidaron á comer al notario y al profesor. Cuando el coche de viaje paró á la puerta de la casa, aquellas cuatro personas salieron á recibir á los viajeros con grandes demostraciones de alegría. Margarita pareció muy contenta de volver á ver el hogar paterno, y se le llenaron los ojos de lágrimas cuando atravesó el patio para llegar al locutorio. Al abrazar á su padre, sus caricias de hija no dejaron de tener cierta reserva; se sonrojó como una esposa culpable que no sabe fingir; pero sus miradas recobraron su pureza cuando las fijó en Solís, de quien pareció sacar la fuerza necesaria para terminar la empresa que había acometido secretamente. Durante la comida, y á pesar de la alegría que animaba las fisonomías y las palabras, padre é hija se examinaron con desconfianza y curiosidad. Baltasar no hizo á Margarita ninguna pregunta sobre su estancia en París, sin duda por dignidad paterna. Manuel de Solís imitó esta reserva. Pero Pierquin, acostumbrado á conocer todos los secretos de la familia, dijo á Margarita, disimulando su curiosidad con una fingida naturalidad:

—¿Qué tal, prima, has visto á París, los teatros...?

—No he visto nada en París, contestó la joven; no he ido allí á divertirme. Los días han transcurrido tristemente para mí, pues estaba muy impaciente por volver á Douai.

—He tenido que enfadarme para conseguir que fuese á la Ópera, donde, á decir verdad, se ha aburrido, dijo Conyncks.

La velada fué triste; cada cual estaba violento, sonreía á la fuerza ó se esforzaba por mostrar esa alegría de encargo bajo la cual se ocultan verdaderas ansiedades. Margarita y Baltasar estaban dominados de sordos y crueles recelos que reflúan en los corazones de los demás. Cuanto más tarde se hacía, más se alteraba la actitud de padre é hija. A veces Margarita procuraba sonreír, pero sus ademanes, sus miradas, el sonido de su voz revelaban viva inquietud. Conyncks y Solís parecían conocer la causa de los secretos movimientos que agitaban á aquella noble doncella, y parecían animarla con ojeadas expresivas. Baltasar, ofendido por no haberse contado con él para adoptar una resolución y practicar gestiones en su favor, se separaba insensiblemente de sus hijos y de sus amigos, afectando guardar silencio. Margarita iba sin duda á revelarle lo que había de-



cidido con respecto á él. Para un grande hombre, para un padre, la situación era intolerable. Llegado á una edad en que no se disimula nada ante los hijos, en que la extensión de las ideas da fuerza á los sentimientos, se ponía cada vez más grave, caviloso y malhumorado, viendo que se acercaba el momento de su muerte civil. Aquella velada comprendía una de esas crisis de la vida interior que no pueden explicarse sino con imágenes. Las nubes y el rayo se amontonaban en el cielo mientras que se sonreía en la campiña; todos tenían calor, presentían la tempestad, levantaban la cabeza y proseguían su camino. Conyncks fué el primero que se recogió, y Baltasar le acompañó á su cuarto. Durante su ausencia, Pierquin y Solís se marcharon. Margarita se despidió afectuosamente del notario, y no dijo nada á Manuel, pero le apretó la mano dirigiéndole una mirada cariñosa. Hizo salir á Felicia, y cuando Claes bajó al locutorio, la encontró sola en él.

—Mi buen padre, le dijo con voz trémula, ha sido menester que sobrevinieran las circunstancias graves en que nos encontramos para que yo me ausentase de casa; pero después de muchas angustias y de vencer dificultades inauditas, vuelvo á ella con algunas probabilidades de salvación para todos. Gracias al nombre de usted, á la influencia de nuestro tío y á la protección del señor de Solís, hemos obtenido para usted el empleo de recaudador de contribuciones en Breñaña; dícese que produce de diez y ocho á veinte mil francos anuales. Nuestro tío ha prestado la fianza. Aquí tiene usted su nombramiento, añadió sacando un pliego de su saco de mano. Su permanencia de usted aquí, durante nuestros años de privaciones, sería intolerable. Nuestro padre debe continuar en una situación por lo menos igual á la en que siempre ha vivido. No le pediré á usted nada de sus emolumentos; puede hacer de ellos el uso que quiera. Solamente le suplico que piense que no tenemos un sueldo de renta y que todos viviremos con lo que Gustavo nos proporcione de sus ingresos. La población no sabrá una palabra de nuestra vida claustral. Si continuara usted en su casa, sería un obstáculo para los medios de que mi hermana y yo nos valdremos á fin de volver al anterior desahogo. Ponerle á usted en disposición de rehacer su fortuna, ¿es abusar de la autoridad que me ha concedido? Dentro de algunos años será usted, si quiere, recaudador general.

—Es decir, Margarita, dijo tranquilamente Baltasar, que me echas de mi casa.

—No merezco tan dura reconvención, respondió la hija reprimiendo los movimientos tumultuosos de su corazón. Volverá usted á vivir con nosotros cuando pueda residir en su ciudad natal como le corresponde. Además, padre mío, ¿no tengo su palabra de usted? añadió con frialdad. Pues debe usted obedecerme. Mi tío ha venido para acompañar á usted á Breñaña, á fin de que no haga usted solo el viaje.

—¡Pues no iré! exclamó Baltasar levantándose. No necesito el auxilio de nadie para rehacer mi fortuna y pagar á mis hijos lo que les debo.

—Está bien, contestó Margarita sin alterarse. Sólo le ruego á usted que reflexione en nuestra respectiva situación, la cual le voy á explicar en pocas palabras. Si continúa usted en esta casa, sus hijos saldrán de ella, para dejarle dueño absoluto.

—¡Margarita! exclamó Baltasar.

—Además, dijo la joven sin hacer caso del enojo de su padre, habrá que dar cuenta al ministro de su negativa de usted, si no acepta un empleo lucrativo y honroso que, á pesar de todas nuestras diligencias y recomendaciones, no habríamos conseguido á no ser por unos cuantos billetes de mil francos metidos diestramente por mi tío en el guante de una dama...

—¡Abandonarme!

—O nos deja usted ó huiremos, contestó Margarita. Si yo fuese su única hija, imitaría á mi madre, cualquiera que fuese la suerte que usted me deparase. Pero mi hermana y mis dos hermanos no han de morir de hambre después de usted; así se lo he prometido á la que murió allí, dijo señalando el sitio de la cama de su madre. Hemos ocultado nuestros dolores, hemos sufrido en silencio; hoy están ya consumidas nuestras fuerzas. No estamos al borde del abismo, sino en el fondo: para salir de él, no tan sólo necesitamos valor, sino que todos nuestros esfuerzos no queden frustrados por los caprichos de una pasión.

—Hijos míos, dijo Baltasar cogiendo las manos de Margarita, os ayudaré, trabajaré...

—Pues aquí tiene usted los medios, contestó la joven enseñando el nombramiento ministerial.

—Pero, ángel mío, el medio que me ofreces para reponer



mi fortuna es demasiado lento; me haces perder el fruto de diez años de trabajo y las cantidades enormes que representa mi laboratorio. Allí, añadió indicando el desván, allí están todos nuestros recursos.

Margarita se encaminó á la puerta, diciendo:—Padre, escoja usted.

—¡Ah, hija mía, qué dura eres! respondió Claes sentándose en un sillón y dejándola marchar.

A la mañana siguiente, Margarita supo por Lemulquinier que su padre había salido. Este simple anuncio la hizo perder el color, y su actitud fué tan cruelmente significativa, que el viejo criado le dijo:—Señorita, no se alarme usted, porque el señor ha dicho que volvería á las once á almorzar. Anoche no se acostó. A las dos de la madrugada estaba aún de pie en el locutorio, mirando por la ventana el tejado del laboratorio. Yo le aguardaba en la cocina y le veía: lloraba, tenía mucha pena. Ha llegado ese suspirado mes de julio, durante el cual el sol es capaz de enriquecernos á todos, y si usted quisiera...

—¡Basta! contestó Margarita adivinando todos los pensamientos que habían debido ocurrírsele á su padre.

En efecto, habíase realizado en Baltasar ese fenómeno que se apodera de todas las personas sedentarias; su vida dependía, por decirlo así, de los lugares con los cuales se había identificado; su pensamiento, enlazado con su laboratorio y con su casa, le hacía indispensables uno y otra, como lo es la Bolsa para el jugador, para quien los días feriados son otros tantos días perdidos. Allí estaban sus esperanzas, allí bajaba del cielo la única atmósfera de la que sus pulmones podían sacar aire vital. Esta alianza de los lugares y de las cosas, tan poderosa en los hombres de naturaleza débil, llega á ser casi tiránica en los de ciencia y de estudio. Salir de su casa era para Baltasar renunciar á la Ciencia, á su problema: equivalía á morir. Apoderóse de Margarita una agitación intolerable hasta la hora del almuerzo. Había acudido á su memoria la escena en que Baltasar quiso matarse, y temió que la situación desesperada en que se encontraba su padre tuviera un desenlace trágico. Iba y venía por el locutorio, estremeciéndose siempre que sonaba la campanilla. Por fin Baltasar volvió. Mientras atravesaba el patio, Margarita, que examinó con inquietud el rostro de su padre, no discernió en él más que la expresión de un dolor tempe-

tuoso. Cuando Claes entró en el locutorio, cogió á su hija afectuosamente por la cintura, la estrechó contra su corazón, la besó en la frente, y le dijo al oído:—He ido á sacar mi pasaporte. —El sonido de la voz, la mirada resignada, la actitud de su padre, todo desgarró el corazón de la pobre joven que volvió la cabeza para que no se vieran sus lágrimas; pero no pudiendo reprimirlas, salió al jardín y volvió después de haber llorado á sus anchas. Durante el almuerzo, Baltasar se mostró alegre como hombre que ha tomado resueltamente un partido.

—Conque vamos á marchar á Bretaña, tío, dijo á Conyncks. Siempre he tenido deseos de ver ese país.

—Allí la vida es muy barata, respondió el anciano tío.

—¿Se va nuestro padre? preguntó Felicia.

En esto entró Solís acompañado de Juan.

—Nos lo dejará usted hoy, le dijo Baltasar acercando á su hijo á su lado, porque me marcho mañana y quiero despedirme de él.

Manuel miró á Margarita, que bajó la cabeza. Día triste fué aquel, durante el cual cada uno estuvo melancólico y ocultó sus ideas ó sus lágrimas. Además, todos comprendían instintivamente cuánto había de humillante para un padre en declarar públicamente sus desastres aceptando un empleo y separándose de su familia á la edad de Baltasar. Él solo se mostró tan grande cuanto Margarita firme, y pareció aceptar noblemente aquella penitencia de las faltas que el arrebato de su genio le había hecho cometer. Cuando terminó la velada y padre é hija se quedaron solos, Baltasar, que se había mostrado todo el día tierno y afectuoso, como lo estuvo siempre durante la hermosa época de su vida patriarcal, alargó la mano á Margarita, y le dijo con cariño mezclado de desesperación:

—¿Estás contenta de tu padre?

—Es usted digno de ese, contestó Margarita designando el retrato de van Claes.

A la mañana siguiente, Baltasar, acompañado de Lemulquinier, subió á su laboratorio como para dar el adiós posterior á las esperanzas que había acariciado y que sus operaciones comenzadas le representaban en su vitalidad. El amo y el criado se miraron con melancolía al entrar en el desván del que iban á salir tal vez para siempre. Baltasar contempló aquellas máquinas en las que por espacio de tanto